

Lucha y resistencia: historia de los indios en México

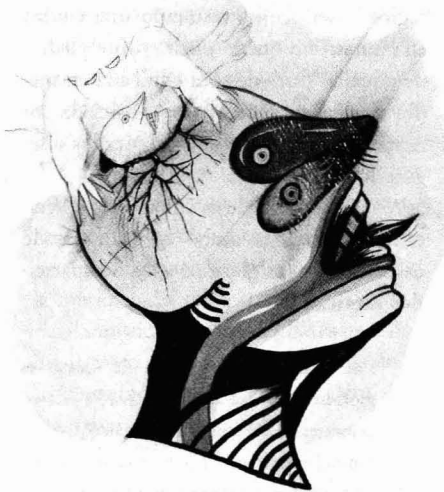
ARTEMIO LÓPEZ QUIROZ

Más que el conocimiento, o que la conciencia poseída en torno a los sucesos históricos del país, ha sido la pura simpatía, la natural conmiseración de los seres humanos ante el sufrimiento de sus semejantes —máxime si se trata de individuos marginados por una sociedad clasista como la nuestra—, lo que nos ha impulsado a inclinar la balanza de nuestras simpatías en favor de aquellos que, por una u otra razón, han levantado su voz o tomado las armas para reclamar un derecho inveterado, una justicia no ejercida, desde hace siglos, sobre sus comunidades. Ocasión muy propicia es ésta que nos ha ofrecido el pueblo de Chiapas —o, si se prefiere, una fracción todavía escondida bajo el velo (o el pasamontañas) del anonimato, independientemente de los móviles que hayan impulsado la “insurrección”, o de los intereses económicos y políticos que pudieran ocultarse en la selvática geografía del sureste del país—, para reflexionar sobre los problemas que han ofuscado a nuestras comunidades indígenas desde la conquista hasta nuestros días, y para transformar esa actitud puramente conmiserativa en una indignación que, si bien nacida de un impulso humano justificable, esté también sustentada en el conocimiento de nuestro pasado histórico.

Silvia Soriano Hernández, en su libro *Lucha y resistencia indígena en el México colonial* (1994), nos ha obsequiado con una investigación suficiente y comentarios certeros en torno a los levantamientos que las etnias —o lo que quedó de ellas— han protagonizado a lo largo de quinientos años, a causa de la opresión de que han sido víctimas. Partiendo de una base histórica, Soriano Hernández analiza las causas que dieron lugar a la actual marginación indígena, desde las “relaciones de producción y explotación” que unieron a los recién llegados españoles peninsulares con los habitantes naturales de las tierras ame-

ricanas, hasta las rebeliones en que desembocó la situación forzada en que se vieron inmersos los grupos étnicos del país.

Tomando como punto de referencia el descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo o, mejor dicho, la implantación de las instituciones peninsulares en tierras americanas, junto con la compañera indispensable del imperio, la religión, se puede llegar a comprender la situación de los grupos marginados.



En efecto, los españoles, que veían en el Nuevo Mundo “un recurso gratuito que les donaba el cielo”, redujeron a sus habitantes al ámbito de la encomienda y del repartimiento; este último convirtió al orgulloso tenochca en un simple minero, malacatero, faenero, recogedor o rayador, con bajas remuneraciones desarrollando una de las principales actividades económicas de la Nueva España: la minería. A su vez, la explotación de la riqueza mineral trajo consigo graves consecuencias; por un lado, sometió a los indígenas a un trabajo

excesivamente arduo en el que su salud y su vida se ponían en peligro y, por otro —como señala Soriano Hernández—, “en el norte las minas dieron nueva geografía a la región y los grupos nómadas fueron transformados (o aniquilados), a beneficio del conquistador-colonizador, que buscaba los metales preciosos”. Ésta fue, sin duda, la causa principal por la que el número de indios disminuyó considerablemente con el paso de los años y, también, el motivo de una “fuerte rebelión” que, en las postrimerías de nuestro siglo, comienza a renacer. La economía novohispana estuvo, pues, fundada en el despojo material y el desconocimiento de los derechos concedidos por el antiguo régimen; de esta manera, ante la llegada de los conquistadores —“aventureros ávidos de riquezas fáciles”, según el fallo de Soriano Hernández—, los sacerdotes, los pochtecas y los guerreros, castas privilegiadas por el tipo de sociedad jerarquizante que distinguió a las antiguas civilizaciones americanas, se confinaron en un plano de igualdad forzada; si bien con la excepción de los caciques, indios que se mantuvieron en una zona de privilegio, intermediando entre el conquistador y el conquistado, se abolieron las concesiones de que hubiera gozado cualquiera de estas jerarquías antes del arribo de las huestes cortesanas, junto con los títulos de propiedad expedidos por el gobierno anterior. “Las haciendas —dice la autora— se fincaron sobre antiguas comunidades de indios, de tierras que les fueron arrebatadas.” El cacique cumplió para los españoles un papel fundamental; además de su utilidad como emisario entre él y su trabajador o esclavo, convenía mantener a alguien de la misma raza, adaptando así su nuevo sistema a otro ya establecido; de allí la necesidad de conservar la existencia de gobernadores indios. La división de clases, como puede notarse, no fue sólo una relación de desigualdad entre españoles (explotadores y dueños de los medios de producción) e indígenas (trabajadores con bajos salarios o en situación de esclavitud), sino también entre estos últimos; gracias a la oportunidad de intermediación que ofrecían a los caciques, algunos de ellos se ladinizaron (adoptaron costumbres, lengua, religión, etcétera, propios de los peninsulares) y formaron además una clase social más o menos acomodada en relación con el resto de los naturales.

Esta división de clases, aunada a los distintos modos de vida y a la gran varie-

dad de razas que florecieron en Mesoamérica, impidió la formación de una verdadera nacionalidad y trajo consigo la marginación y el abandono de quienes, sin poseer recursos para ello, no pudieron sobresalir económicamente y sufren, ahora, carencias que les impiden subsistir desahogadamente. Las comunidades o “naciones” —si partimos de la definición de Stalin, citada en el texto—,¹ en tanto que centros de sí mismas, formaron pequeños segmentos en la periferia de una sociedad que nació a partir de la invasión europea; se volvieron parte de una sociedad “multiétnica” y obstáculo a vencer para consolidar la unidad nacional.

No obstante los dictámenes de los reyes españoles, que en diversas ocasiones ordenaron el fin de la encomienda y de los tratos excesivos, estos “conquistadores-colonizadores” se refugiaron en el “obedézcase pero no se cumpla” que hizo que la Nueva España, a la larga, quisiera alcanzar su independencia bajo el mando de los criollos. El empeño de misioneros como fray Bartolomé de las Casas, en una empresa que tenía como fin aparente consolidar la religión cristiana como única y verdadera, se vio frustrado y mereció las críticas de quienes no salieron beneficiados. Recordemos, además, que el cristianismo fue una de las armas de las que los españoles se sirvieron para añadir nuevos territorios a la corona. La Contrarreforma hizo que la iglesia ortodoxa cuidara sus dogmas más que nunca y sentenciara a todo aquel que simpatizara con las nuevas ideas; ¿cómo, entonces, no tratar con todo rigor a quienes, no obstante haber sido evangelizados por Santo Tomás (identificado y confundido con Quetzalcóatl, sacerdote que había logrado ensalzar la toltequidad en grado sumo), no ocultaban sus tendencias “salvajes” y adoraban a “demonios” como Huitzilopochtli, Coatlicue o Tezcatlipoca? La cruzada por la salvación de las almas constituyó un espléndido pretexto para alcanzar la dominación del Nuevo Mundo.

Es una lástima —dice Soriano Hernández— que esos misioneros viniesen sólo a

salvar almas y no se ocuparan de los cuerpos, bajo el pretexto de ganar almas para la vida futura, la vida presente se les podía ir y salvo contadas excepciones el clero fue cómplice en el etnocidio realizado por los españoles; quizás su lógica era apresurar a las almas de los nativos para que llegaran al cielo.²

Fueron las ideas sobresalientes en aquel tiempo las que se impusieron no sólo al imperio español sino también a todo aquel territorio que estuviera bajo su mando, puesto que “las ideas dominantes de determinada época son las ideas de la clase dominante” de ese mismo lugar histórico. La imposición de una nueva religión fue, sin duda, uno de los puntos más dolorosos para los indígenas: el templo, dedicado otrora a los dioses de la lluvia o de la guerra, quedó aplastado bajo la inmensa mole de una catedral que significó el inicio de una nueva era: la de la sumisión.

El amanecer colonial estuvo teñido de un rojo intenso. El enfrentamiento del rey “más poderoso de la tierra”, a decir de sus súbditos, con el “más poderoso de la región”, dejó como resultado una ciudad en ruinas; “no quedó piedra sobre piedra” de aquella “flor” de roca edificada en medio de un lago esplendoroso. Iniciada por Alvarado —“español sin escrúpulos”, según lo llama Soriano Hernández—, que aprovechó el viaje de su jefe Cortés a Veracruz, la matanza acabó con un pasado excelso y a la vez glorificó a los desaparecidos mexicas:

...si el ataque del ejército de Cortés es glorioso —cita la autora a Riva Palacio—, la resistencia del caudillo de México [Cuahtémoc] es heroica... Los mexica resolvieron que querían más morir que hacerse esclavos de los españoles y así quedó concluido que era mejor morir... Borráronse entonces las diferencias de clases, y lo mismo el macehual que el sacerdote, todos peleaban unidos por la patria.

Acostumbrados como estaban a dominar, los antiguos mexicanos prefirieron

ver su ciudad en ruinas antes que vivir esclavizados por extraños. “Tras setenta y cinco días de sitio” y de la derrota de los aztecas, dio inicio el régimen colonial; sin embargo, no acabaron allí el asecho ni las hostilidades: al norte del país quedaban grupos de “bárbaros chichimecas” que causaron estragos durante mucho tiempo a virreyes como Antonio de Mendoza. Fue en 1591 cuando, gracias a métodos más persuasivos (a través de los misioneros), dio inicio su relativa pacificación. Sin embargo, no fueron sólo los chichimecas quienes protagonizaron las rebeliones; debido a la sobreexplotación, lo más lógico era que el resto de las etnias, incluso los aliados “tlascaltecas amigos”, se resistieran y, en varias ocasiones, terminaran revelándose contra su explotador. Los caciques, si bien hubo ocasiones en que trataron de unirse para acabar con el dominio peninsular, las más de las veces sirvieron a los españoles para controlar las insurrecciones; fueron, pues, un arma eficaz contra las revueltas. Lo mismo sucedió con los sacerdotes: desposeídos de su antigua investidura y suplantados por los frailes, no pocas veces encabezaron estas luchas de resistencia e inconformidad.

Sin duda alguna —señala Soriano Hernández—, una de las rebeliones que mayor impacto y trascendencia tuvo, es la rebelión de Mixtón (también conocida como la guerra de Jalisco, la guerra de los peñoles o la rebelión de la Nueva Galicia), ocurrida en 1541.

Tras ésta, empero, existe una lista interminable, que Silvia Soriano Hernández nos ofrece en una “Cronología de las rebeliones y resistencia” surgidas por distintas causas y en diversas circunstancias: trabajo excesivo, tratos inhumanos, sometimiento religioso, marginación, etcétera. Ello ha significado en la historia de nuestro país una interminable cadena de violencia moral; de fuertes enfrentamientos, en los cuales los grupos étnicos han obtenido la peor parte, una historia —como apunta Soriano Hernández— “de lucha y resistencia en la que los indígenas de México aún no han puesto el punto final”. ♦

Silvia Soriano Hernández: *Lucha y resistencia indígena en el México colonial*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, 1994. 385 pp.

¹ “Nación es una comunidad estable, históricamente formada y surgida sobre la base de la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de cultura.”

² Si bien es cierto que la religión fue utilizada para fines de represión y la Iglesia poseyó, también, muchas riquezas, no debe caerse en excesos que deformen su presencia en las tierras hasta entonces inhóspitas; el refrán atribuido a los franciscanos, “donde no hay plata, no entra el evangelio”, me parece uno de ellos.